

Por el Este sale el sol

Por Manuel Arranz

Posdata, Levante-EMV | 2006

Fue Chateaubriand quien dijo que en el mundo se producen acontecimientos y se producen cambios de época, y que uno de los errores más frecuentes del hombre es tomar un cambio de época por un acontecimiento. La diferencia, sin embargo, es clara: a un acontecimiento lo puede contrarrestar otro de similar magnitud, pero cuando se produce un cambio de época no hay vuelta atrás. También dijo que compadecía a aquellas generaciones a las que les tocase vivir un cambio de época. Chateaubriand hablaba de la Revolución francesa, claro está. Uno de los cambios de época sin duda más drásticos en la historia de la humanidad. Pero no todas las revoluciones suponen un cambio de época, y no todos los cambios de época se deben a revoluciones. Algunas se quedan en meros acontecimientos, aunque, a juzgar por los resultados, éste no fue el caso de la revolución comunista china, que hay que poner en la lista, creo yo, de los cambios de época. Sobre todo para los chinos, claro, aunque como sucede con todas las revoluciones sus efectos, tarde o temprano y hoy más bien temprano que tarde, se dejan sentir en todo el mundo. La revolución comunista china, paradójicamente llamada luego cultural, y digo paradójicamente porque la cultura no salió precisamente muy bien parada, aunque no descarto que se tratase de un cambio de paradigma, no tuvo vuelta atrás. Como los ríos, decía Chateaubriand, que jamás remontan la corriente.

David Kidd vivió en Pekín desde 1946 a 1950, es decir durante los años en que se produjo el cambio de época, y vivió ese cambio desde su condición de extranjero estudioso de la cultura china y casado con la hija de un viejo miembro de la aristocracia. Tenía por entonces poco más de veinte años. No sé si esto constituye una situación privilegiada para juzgar los acontecimientos, posiblemente el propio Kidd tuviera sus dudas, y por eso tal vez no escribió estas Historias de Pekín sino diez años más tarde, ya de vuelta en los Estados Unidos (en realidad ya vivía por entonces en Japón, convertido en un reputado coleccionista de arte oriental). Y las escribió, nos dice, con una intención precisa, quería preservar para la memoria lo que había visto aquellos años en China, antes de que se perdiera definitivamente. Pero no era la memoria de la revolución comunista lo que quería preservar, que naturalmente no puede dejar de aparecer aquí, con unos tintes que hoy nos parecen casi caricaturescos, pero que entonces debieron de ser dramáticos, cuando no siniestros, sino más bien lo que quería preservar David Kidd era la memoria de un mundo que se acababa y cuyo final no hay que achacar sólo a la revolución. Las revoluciones, ya lo han dicho los historiadores, sólo suelen ser la culminación de un proceso iniciado mucho antes. David Kidd nos cuenta en estas historias lo que vio y lo que oyó, y posiblemente también lo que imaginó, que es una forma de ver y oír lo que no se ve ni se oye a simple vista. Nos cuenta también lo que le contaron a él, y nos lo cuenta todo mientras nos relata sucesos nimios y cotidianos, una boda, un funeral, un desfile, la visita a un templo, una leyenda o una fiesta, que es donde está la auténtica vida de las personas, con un estilo sin afectación, aunque no exento de ironía, que es donde está la auténtica literatura.

Hay una escena magistral en una de estas historias en que un grupo de soldados comunistas, aleccionados por un comisario político, cantan a coro: «Por el Este sale el sol, por el Este viene Mao Zedong», mientras está teniendo lugar a su lado la ceremonia funeraria de un antiguo miembro de la aristocracia imperial según los viejos ritos milenarios. «¡Es un crimen reaccionario contra la nueva China que todas estas personas trabajen para un viejo muerto!». grita el comisario. Los soldados, soliviantados por estas palabras, amenazan con pasar a la acción. «¡Alto!», les

detiene entonces el comisario: «¡Están condenados! ¡No tenemos ni que empujarles! ¡Su podredumbre interior los está matando!». Escenas como esta, hay montones de ellas en el libro, anidan en la memoria. Y lo hacen seguramente porque su intención no es adoctrinar a nadie, ni que nadie tome partido al leerlas, aunque resulta difícil leer el último relato sin experimentar cierto estremecimiento y emoción. Este es el mundo en que vivimos, parece decirnos Kidd, y en este mundo estas cosas pasan. Nosotros eso ya lo sabemos, porque hemos vivido algunas. Y también pudiera ser que hoy estuviésemos asistiendo a un cambio de época. Por eso no tenemos más que agradecer que alguien las cuente. Es decir, que alguien hable por nosotros y de nosotros. Y que lo haga de una forma tan sencilla, tan magistral, tan fraternal incluso.